

COMO PRESENTAR LA ENSEÑANZA DEL HOMBRE NUEVO EN SAN PABLO

Si aplicamos de manera absoluta la división clásica entre Dogmática y Moral para estudiar el "Hombre Nuevo", corremos el riesgo de distorsionar el pensamiento de Pablo, dado que Religión y Moral están íntimamente ligados en el pensamiento Paulino; habiendo, por ejemplo, problemas morales que sólo son abordados en la parte Dogmática. De ahí la necesidad de estudiar el tema del "hombre nuevo" en el conjunto de la Doctrina pero marcando algunos límites pues es un tema que de una u otra forma tiene que ver con toda la doctrina Paulina.

Debemos tener en cuenta también que las cartas de Pablo no son tratados teológicos y morales; cuando Pablo aborda un tema como el del Hombre Nuevo lo hace en función de las dificultades de ese momento, buscando con sus instrucciones precisar o completar la enseñanza oral.

De Pablo se pueden hacer diversas síntesis lo que importa es dar a cada elemento su valor propio sin exagerar uno a costa de otros. Para nuestro tema el aspecto Cristocéntrico es primordial pero sin olvidar el aspecto Eclesial de la Moral Paulina.

Situando la moral en la perspectiva del plan salvífico de Dios, recogemos todos los elementos incluyendo la originalidad y dinamismo de la enseñanza moral, pues la moral de Pablo es una moral del deseo salvífico de Dios y es esto lo que caracteriza al "hombre nuevo".

La Exégesis de algunos textos orientará la reflexión teológico-pastoral.

Análisis exegético de los textos

“Es que el amor del Mesías no nos deja escapatoria, cuando pensamos que uno murió por todos; con esto, todos y cada uno han muerto; es decir, murió por todos para que los que viven ya no vivan más para sí mismos, sino para el que murió y resucitó por ellos”. *2 Corintios 5, 14–15*

El texto pertenece a la parte final de la apología del apostolado de Pablo frente a sus opositores de Corinto. 5, 11–13 es la exposición del sentido e intención fundamentales de la apología: ésta no está en función del mismo Pablo sino de la comunidad de Corinto.

En los versículos 14–17 se da la fundamentación básica de esto. Ya no valen las normas anteriores (polémica contra los opositores), sino la realidad de la nueva existencia cristiana: hemos muerto con la muerte de Cristo y como consecuencia nuestra existencia no es para nosotros mismos, sino para el Señor muerto por nosotros y resucitado (v. 14–15); de aquí se siguen dos consecuencias: el nuevo “conocer” a Cristo y la nueva criatura (v. 17).

En 2 Corintios 5, 14–15 se hace referencia tres veces a la tradicional fórmula de muerte uniendo a ella el motivo del “amor” de Cristo (genitivo subjetivo). La fórmula se entiende aquí desde uno de sus centros de sentido: Cristo murió en sustitución nuestra. Este aspecto de “sustitución” de la fórmula soteriológica está expresado claramente en la consecuencia: todos por tanto murieron: En la muerte de Cristo “en lugar de todos”, “todos” han muerto. El v.15 saca la consecuencia positiva: la nueva vida de “los vivientes” debe ser ahora una vida no para sí mismos, sino para el Señor que “murió por ellos” y que resucitó: la nueva existencia es una nueva creación: (v.17).

Quien está “en Cristo” nada tiene ya que ver con el viejo mundo en el que dominaba el pecado y la muerte. Es una nueva criatura, así expresa Pablo toda la acción de Dios sobre el creyente; aunque no se cansará de insistir a quienes han sido salvados por Dios, a la conquista siempre renovada de los dones divinos.

“Lo que es yo, estando bajo la Ley morí para la Ley, con el fin de vivir para Dios. Con el Mesías quedé crucificado y ya no vivo yo, vive en mí Cristo; y mi vivir humano de ahora es un vivir de la fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. Yo no inutilizo el favor de Dios; y si la rehabilitación se consiguiera con la Ley, entonces en balde murió el Mesías”. *Gálatas 2, 19–21*

Se trata de una interpretación Paulina semejante a la de 2 Corintios 5, 14—15, pero con diferente lenguaje.

La base del texto es la tradición sobre la muerte de Cristo. La interpretación del “por nosotros” tradicional es la “sustitución” aunque también figura el aspecto de expiación.

El “morir” en la muerte de Cristo se formula ahora como “estar crucificado” (perfecto pasivo) con Cristo; y el “vivir” como un “vivir” de Cristo “en mí”.

La existencia actual del cristiano es un estar muerto (estar crucificado) a su existencia antigua caduca (el “yo” antiguo: el hombre viejo) y de aquí, la terminología de vivir en el v. 20a: la “vida” nueva del cristiano no es ya una vida propia (vivo pero no yo), porque ha muerto y está muerto en la muerte de Cristo “por nosotros”, sino vida de Cristo (sino que es Cristo quien vive en mí). Esta formulación “vive en mí Cristo” es una expresión aguda del polo dialéctico del “yo estoy crucificado con Cristo”, interpretando el sentido de “por nosotros” en su aspecto de “sustitución” (en lugar nuestro). El cristiano ha muerto con la muerte de Cristo a su antigua existencia y vive ahora una vida nueva, no propia.

Para determinar esa “vida nueva”, Pablo añade a la “fórmula de muerte” tradicional el motivo de la Resurrección. Expresamente en 2 Corintios 5, 15; indirectamente en Gálatas 2, 20a: Esa vida nueva del cristiano es una vida del Señor resucitado, no propia. Por eso la nueva vida cristiana no es una vida natural, sino un vivir para Dios.

1. “¿Qué sacamos de esto? ¡Persistimos en el pecado para que cunda la gracia!
2. ¡De ningún modo! Nosotros que hemos muerto al pecado, ¿cómo vamos a vivir todavía sujetos a él?
3. ¿Habéis olvidado que a todos nosotros, al bautizarnos vinculándonos al Mesías Jesús, nos bautizaron vinculándonos a su muerte?
4. Luego aquella inmersión que nos vinculaba a su muerte nos sepultó con él, para que, así como Cristo fue resucitado de la muerte por el poder del Padre, también nosotros empezáramos una vida nueva.
5. Además, si hemos quedado incorporados a él por una muerte semejante a la suya, ciertamente también lo estaremos por una resurrección semejante.
6. Tened esto presente: el hombre que éramos antes fue crucificado con él, para que se destruyese el individuo pecador y así no seamos más esclavos del pecado;

7. Porque cuando uno muere, el pecado pierde todo derecho sobre él.

8. Ahora bien, por haber muerto con Cristo creemos que también viviremos con él,

9. y sabemos que Cristo resucitado de la muerte no muere ya más, que la muerte no tiene dominio sobre él.

10. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre; en cambio, su vivir es un vivir para Dios.

11. Pues lo mismo: vosotros teneos por muertos al pecado y vivos para Dios, mediante el Mesías Jesús.

12. Por consiguiente, no reine más el pecado en vuestro ser mortal, obedeciendo vosotros a sus deseos,

13. ni tengáis más vuestro cuerpo a su disposición como instrumento para la injusticia; no, poneos a disposición de Dios, como muertos que han vuelto a la vida, y sea vuestro cuerpo instrumento para la honradez al servicio de Dios.

14. El pecado no tendrá dominio sobre vosotros, porque ya no estáis en régimen de Ley, sino en régimen de gracia.

15. Entonces, ¿qué? ¡A pecar, que no estamos en régimen de Ley, sino en régimen de gracia!

16. ¡Ni mucho menos! Sabéis muy bien que estar a disposición de alguien obedeciéndole como esclavos es ser de hecho esclavos de éste a quien obedecéis: si es el pecado, para acabar con la muerte; si es la obediencia a Dios, para la vida honrada.

17. Pero, gracias a Dios, aunque érais esclavos del pecado, respondísteis de corazón a la doctrina básica que os transmitieron y, emancipados del pecado,

18 habéis entrado al servicio de la honradez (hablo en términos humanos, por lo flojos que estáis).

19. Me explico: igual que antes cedísteis vuestro cuerpo como esclavo a la inmoralidad y al desorden, para el desorden total, cededlo ahora a la honradez, para vuestra consagración.

20. Es un hecho que, cuando érais esclavos del pecado, la honradez no os gobernaba.

21. Y ¿qué salíais ganando entonces de aquello, que ahora reconocéis funesto? Porque eso lleva a la muerte.

22. Ahora, en cambio, emancipados del pecado y entrados al servicio de Dios, os vais ganando una consagración que lleva a la vida eterna.

23. Porque el pecado paga con muerte, mientras Dios regala vida eterna por medio del Mesías, Jesús Señor Nuestro”.

Romanos 6, 1-23

El paralelismo entre v. 1-2a y v. 15 nos señala una primera división: v. 1-14, v. 15-23.

El tema de la primera unidad (v.1-14) es la “nueva vida” del cristiano; el tema de la segunda (v.15-23) es el nuevo “servicio” como consecuencia de la “nueva vida”. La unidad primera está delimitada estilísticamente por la inclusión del v.1 y v.14 (pecado – gracia). Una división de los versículos, v.1-14, la marca el cambio de estilo (imperativo) y el (entonces) del v.12: los v.12-14 son la exhortación conclusiva de la unidad y preparación de la unidad siguiente (v.15-23).

El versículo 1, en estilo de diatriba, introduce el tema: la existencia cristiana (primera persona del plural) y el “permanece” bajo el dominio del pecado. El versículo 2 presenta la tesis, en forma dialéctica: el “morir al pecado” (el aoristo indica el acto definitivo de morir) excluye el “vivir en él” (bajo su dominio).

En la existencia del cristiano se ha producido una ruptura fundamental, señalada por el “morir al pecado”: La vida antigua está bajo el dominio del pecado, la vida nueva está liberada de ese dominio. A la presentación de la tesis en el v.2 siguen tres demostraciones de ella: v.3-4; v.5-7; v.8-11.

La primera demostración (v.3-4) es de tipo general: La “muerte” y la “vida nueva” de la existencia del cristiano. Se utiliza aquí el tema del bautismo, pero subordinado al tema principal del “morir-vivir”.

La segunda demostración (v.5-7) continúa y desarrolla la primera. Después de la frase general del v.5 (participación en la muerte y resurrección de Cristo), se interpreta el “morir” del cristiano como la “muerte” de su existencia antigua (el hombre viejo) explicado por “este cuerpo de pecado”, para la liberación del señorío del pecado (v.6).

La tercera demostración (v.8-11) está construida en paralelismo a la segunda continuándola y desarrollándola, ante todo en el motivo de “vivir”. Después de la frase general del v.8, se describe la dialéctica completa del “morir-vivir” como “morir/muertos al pecado – vivir/vivir para Dios”.

Esta demostración indica ya la potencia contrapuesta al pecado (“morir”): “Dios” (vivir): se prepara así la discusión siguiente (v. 12-14, v. 15-23).

El tema del texto es la relación entre el pecado y la existencia cristiana: el cristiano ha sido liberado del dominio del pecado. Este

tema fundamental se demuestra y explica desde el cambio radical que se ha producido en la existencia del cristiano: ha "muerto", su vida antigua caduca y vive ahora una existencia nueva ("vida nueva").

Como fundamento de esta dialéctica, "morir-vivir", se presentan los motivos cristológicos de la muerte y resurrección: el "morir-vivir" del cristiano es una participación en la muerte-resurrección de Cristo.

El motivo del bautismo está subordinado a esta temática central.

Pablo no intenta presentar aquí una doctrina sistemática sobre el bautismo, ni una catequesis litúrgica sobre su celebración. El motivo del bautismo aquí se dio sin duda alguna por su relación con el perdón de los pecados: era adecuada su mención en un texto que trata de la existencia cristiana liberada del pecado. No es correcto, entonces, remitir todo el texto de v. 3-11 a una interpretación del bautismo; es mejor decir que el motivo tradicional del bautismo está interpretado aquí desde el punto de vista del "morir-vivir" cristiano, como participación en la muerte-resurrección de Cristo.

Esta afirmación está confirmada por el resto de textos paulinos de este tipo: 2 Corintios 5, 14-15; Gálatas 2, 19-21; 5, 24; 6, 14; Romanos 7, 4-6. En estos textos aparece el mismo esquema "morir-vivir" sin que se haga ninguna referencia explícita al bautismo. Lo mismo ocurre en Romanos 6, 5-11: ni las expresiones "con Cristo", o compuestos con, son directamente bautismales sacramentales ("con-muerte" y "con-resurrección" sacramentales en el rito bautismal), ni con la muerte de v. 5 se indica el bautismo.

Si bien es cierto que al referirse al "morir" a un acontecimiento pasado en la vida del cristiano, se da una relación indirecta entre este "morir" del comienzo de la nueva existencia cristiana y el bautismo, ya que Pablo lo presupone al inicio de la vida del cristiano; es igualmente cierto que no es la interpretación bautismal la que está a la base de estas expresiones; por el contrario, es el bautismo el que se interpreta desde esa concepción, no directamente bautismal.

Es claro también que Pablo recurre aquí a una tradición bautismal como praxis generalizada en las comunidades cristianas. Lo difícil es saber cuál es la tradición que Pablo presupone.

Quizás era una tradición de las comunidades cristianas helenistas en las que el bautismo se entendería ya como una con-muerte y con-resurrección con Cristo.

El bautizado, en el rito del bautismo, participa o reproduce el destino de Cristo muerto o resucitado. Esta tradición aparece en textos como Colosenses 2, 11ss; 3, 1-4; Efesios 2, 4ss; 5, 14. Pablo habría corregido ya esta tradición que hablaba ya de una "resurrección" presente actual del bautizado, refiriendo la resurrección al futuro esca-

tológico (v.5–8), bien a la actuación ética de la nueva vida del cristiano. La intención de esta corrección habría sido la polémica contra el “entusiasmo” si no de la comunidad de Roma sí de Corinto desde donde escribe la carta.

De otra parte, las diversas formulaciones de Romanos 6, 2–11 no apuntan para nada al rito o a la simbología bautismal: por ejemplo, a la inmersión (sepultura—muerte) y a la salida del agua (resurrección). Al rito del bautismo no se hace referencia en ninguna parte de Romanos 6, a no ser quizás en el pasivo (v.3) “ser bautizado” por alguien, conforme a la costumbre general cristiana, derivada del rito del bautismo de Juan “el Bautista”.

El único contenido tradicional prepaolino sobre el bautismo en Romanos 6 hay que fijarlo en el v.3, asumido en el v.4 por medio de la expresión (sepultados por el bautismo en la muerte), dentro de la temática básica del “con-morir”. El ser bautizado en Cristo Jesús es un ser bautizado en su muerte: la primera expresión está interpretada en la segunda.

Ahora bien uno de los motivos centrales del bautismo cristiano, ya en sus orígenes, con el que se entroncaba con el bautismo de Juan, era el de perdón de los pecados, con vistas a la liberación escatológica futura. Desde este motivo fundamental del bautismo cristiano se podría presentar esta hipótesis para explicar esta expresión.

La preparación “en” se ha de entender en paralelismo de significado con la de “en Cristo”: no en sentido local (“ser sumergidos en su muerte”), sino en sentido referencial (“en relación a”). Pero, ¿cómo interpretó la tradición prepaolina este bautismo “en relación a (con vistas a) la muerte de Cristo?”

La respuesta hay que encontrarla en el sentido soteriológico de la muerte de Cristo por nosotros/por nuestros pecados. El motivo central del bautismo, el del “perdón de los pecados”, se relacionó ahora con el de la muerte de Cristo “por nosotros”: el bautismo en relación a Cristo, era un bautismo en relación a su muerte; no aparece de ningún modo un bautismo “en la resurrección de Cristo”, como sería de esperar.

Hay tres casos en que muerte se refiere a Cristo (6, 3.4.5), pero en el marco de sus relaciones con el creyente.

La expresión comparativa “para que vivamos una vida nueva” (6, 4) aplicada a la resurrección en su dimensión real metahistórica, permite deducir que la muerte de Cristo, a la que acaba de referirse, debe entenderse primariamente como un hecho cosmológico. Pero al igual que en 6, 10, el contexto permite descubrir también la insoluble unidad del orden cosmológico y noológico: la comparación culmina con la afirmación del imperativo ético “para que

caminemos en novedad de vida". Esto significa que la muerte (sepultura—resurrección) de Cristo tiene un referente implícito de orden noológico, el pecado.

La muerte de Cristo estaba noológicamente proyectada a vaciar la potencia del pecado y abrir espacio en el existencial humano a la dinámica de la gracia. Pero la no muerte al pecado hace que ésta desencadene en dinámica de muerte en el existencial humano.

Si el pecado se puede considerar como categoría operadora de sentido en relación a muerte, la gracia, aparece como categoría operadora de sentido de vida.

Frente a la muerte aparece siempre la vida. En Romanos 6 la "vida" no viene nunca formulada en forma absoluta, sino en forma determinada y concreta: la vida nueva (6, 4), la vida eterna (6, 22.23). La vida referida a Cristo, es la vida propia del resucitado que viene ulteriormente como "vida—para—Dios" (6, 10).

La vida de que se habla en relación con el cristiano es de orden teológico—cristológico.

La proximidad esencial entre la "nueva vida" del cristiano y la vida de Cristo resucitado viene avalada por la misma estructura literario que recurre frecuentemente a la construcción consecutiva y comparativa: 6, 4.

Cuando se refiere a Cristo, la vida es afirmada en forma contundente: aoristo, presente. Cuando se refiere al cristiano la construcción es de carácter virtual: construcción final (6, 4) construcción en futuro (6, 5; 6, 8).

La tensión indicativo—imperativo a partir del código de la vida se expresa en diversos niveles: a nivel de antítesis muerte—vida, en cuanto establece la coexistencia de las cualidades negativas de la vida con las cualificaciones positivas de la muerte; a nivel de la integración teológico—cristológica, por cuanto la condición radical de la misma va necesariamente unida a su condición virtual y operativa; a nivel escatológico, ya que la participación en la muerte y resurrección de Cristo nos sitúa en el ya pero aún no.

En el discurso de Romanos 6, Pablo describe la proyección ética del indicativo cristiano recurriendo al esquema clásico del Antiguo Testamento: el cristiano se constituye en el bautismo en condición de lanzado a "caminar" en la nueva vida, que es la forma de participar en la vida de Cristo resucitado.

El esquema del "caminar" está formulado desde el aspecto positivo y como no—servicio al pecado.

El recurso del motivo de las "armas" en contexto parenético no es exclusivo de Romanos 6. Pablo recurre a este motivo con fre-

cuencia para poner de relieve la condición de lucha a la que está sometida la existencia cristiana.

El motivo de las "armas" se inserta en la esfera del servicio; la obligación del cristiano de adoptar una postura combativa brota del imperativo de servir a la justicia.

"Los frutos" son el resultado y la verificación de la opción fundamental por uno de los dos tipos de caminar: caminar en el servicio a la justicia o caminar en el servicio al pecado.

Romanos 6 desarrolla una serie de estructuras fundamentales para comprender el sentido de la nueva vida en el cristiano. En el plano teológico se centra en la muerte—resurrección de Cristo. Los motivos muerte—resurrección están a la base misma del indicativo cristiano y de su proyección imperativa.

El carácter a la vez antitético e integrativo de la muerte y resurrección de Cristo fundamenta y configura el dinamismo muerte—vida en el creyente. La muerte tiene en Romanos 6 función exclusivamente indicativa para el bautizado; la vida, en cambio, tiene carácter indicativo e imperativo al igual que el Espíritu "que nos ha sido dado" (Romanos 5, 5) que es "Espíritu de vida" (8, 2). El aspecto pneumatológico pone en especial evidencia el carácter de don y de tarea que caracteriza el indicativo cristiano.

Romanos 6 se compone no sólo de elementos teológicos sino también éticos que logran el acuerdo de actitud recurriendo a motivos específicos como el presentar la vida como un "caminar" como "lucha", como una sementera de "frutos", como un horizonte final de premio, de castigo.

La necesidad del imperativo externo (parénesis) muestra que el indicativo cristiano no funciona determinísticamente sino contando con la libertad del hombre.

El esquema que configura Romanos 7, 4, lo mismo que el de Romanos 6; 2 Corintios 5, 14—15; Gálatas 2, 19—21 es el cambio radical en la existencia del cristiano: del "antes" (bajo el dominio de carne/ley/muerte/letra) al "ahora" (bajo el Señorío del Señor resucitado), de Dios: en una "vida nueva" bajo el espíritu. Este cambio radical está producido por el morir del cristiano (v. 4 y 6) que se expresa aquí como un "morir a la ley", lo mismo que en Gálatas 2, 19 y en paralelismo a Romanos 6, 2.11.

La referencia a la muerte de Cristo se hace por "en el cuerpo de Cristo". No se refiere al cuerpo de Cristo en sentido eclesiológico, ni al "cuerpo" en sentido colectivo del eón antiguo, sino al cuerpo individual de Cristo muerto en la cruz: la muerte del cristiano ocurre por la muerte de Cristo.

El motivo de la resurrección en este texto, como en 2 Corintios 5, 14–15; Gálatas 2, 19–21 (indirectamente); y Romanos 6, 1–11 tiene la función de servir a la caracterización de la “nueva vida” del cristiano por la vida del Señor resucitado. La frase final “para que fructifiquemos para Dios” expresa la nueva dimensión del actuar cristiano (v. 5; Romanos 6, 21–22; Gálatas 2, 19).

El esquema básico ahora es el antropológico de la existencia del cristiano: el cambio radical, producido por la muerte del cristiano desde el “antes” de la existencia antigua al “ahora” de la “vida nueva” actual.

El morir del cristiano, como acontecimiento del pasado, se refiere implícitamente al bautismo, que se supone está en el comienzo de la vida nueva del cristiano.

Pero ese “morir” en la muerte de Cristo no se deriva de una concepción tradicional prepaolina sobre el bautismo, ni tampoco inmediatamente de una interpretación semejante paulina, sino de la tradición de la “fórmula muerte”.

El motivo del bautismo tomado de la tradición, se asume expresamente sólo en Romanos 6, 3–4 y sólo con una función subordinada al tema central del texto.

“Pues ahora que Dios nos ha rehabilitado por la sangre del Mesías, con mayor razón nos salvará por él del castigo; porque sí, cuando éramos enemigos, la muerte de su Hijo nos reconcilió con Dios, mucho más, una vez reconciliados, nos salvará su vida”.

Romanos 5, 9–10.

“Porque Dios no nos ha destinado al castigo, sino a obtener la salvación por medio de nuestro Señor, Jesús el Mesías”.

1 Tesalonicenses 5, 9–10

Lo mismo que los textos anteriores, la tradición cristológica fundamental aquí es la fórmula de muerte; pero interpretada ahora en sentido soteriológico de expiación de los pecados.

Esta tradición y su interpretación tienen la función de fundar la “justificación” presente del cristiano, que es la garantía de su salvación futura escatológica.

El esquema básico de estos textos, frente al del contraste “antes—ahora” de los textos anteriores, es la dialéctica presente—futuro: justificación actual — salvación futura.

La misma tradición teológica fundamental de la “fórmula de muerte” está interpretada aquí en sentido de expiación mientras que en los primeros textos es en sentido de “sustitución”.

Las afirmaciones sobre la resurrección son lo mismo que en los textos anteriores, formulación paulina. En estos textos aparece el efecto salvífico de la resurrección. Este sentido salvífico es el mismo que descubrimos en 1 Tesalonicenses 1, 10. En la resurrección Jesús ha sido constituido Salvador Escatológico.

“Porque para mí vivir es Cristo y morir ganancia. Por otra parte, si vivir en este mundo me supone trabajar con fruto, ¿qué elegir? No lo sé. Las dos cosas tiran de mí: deseo morirme y estar con Cristo (y esto es con mucho lo mejor); sin embargo, quedarme en este mundo es más necesario para vosotros”.

Filipenses 1, 21–24

La alternativa “vida o muerte” es un problema existencial que todo hombre debe afrontar en ciertos momentos de su vida terrena, para buscar resolverlo de manera personal.

También Pablo encontrándose “encadenado” por Cristo, nos habla como alguien que resuelve el dilema vida—muerte en clave de fe y amor de Cristo.

La carta a los Filipenses fue escrita desde la prisión, por eso Pablo habla repetidamente de sus cadenas y de la posibilidad de morir. Pero no le preocupa tanto su muerte personal cuanto el Evangelio al que ve progresar no obstante sus cadenas. Esa es la fuente de su alegría.

La articulación de la perícopa resalta el significado de “vida” y “muerte” en referencia a Cristo.

v.21a:	afirmación global:	“Para mí la vida es Cristo”.
v.21b:	muerte:	“y la muerte es ganancia”
v.22:	VIDA:	“pero si viviendo en este cuerpo”
v.23:	muerte:	“quisiera morir para ir a estar con Cristo”
v.24:	VIDA:	“Es necesario que siga viviendo”.

“Para mí la vida es Cristo” es lo que orienta todo el texto. Gramaticalmente el “vivir” y el “morir” son sujetos, mientras que “Cristo y ganancia” son predicados de la frase. El texto griego usa el verbo sustantivo “el vivir” y “el morir” y no el sustantivo abstracto “la vida” y “la muerte”. Aunque en la Koiné el sentido es el mismo, sin embargo “el vivir y el morir” hace la frase más dinámica, subrayando su carácter personal de la vida y la muerte.

El “para mí” como que quisiera decir que no le interesa mucho saber en qué consiste la vida para los otros: “Para mí el vivir es Cristo” (Filipenses 2, 21). Esta afirmación es la que permite considerar la muerte como una ganancia, haciéndole perder su aspecto negativo como eliminación de la vida.

En Cristo se eliminan el contraste entre la vida y la muerte para convertirse en dos aspectos de un mismo contenido religioso.

Para Pablo el vivir es una realidad interior e indestructible (2 Cor. 4, 16b) escondida y sostenida por Dios; y morir es llegar a aquello que para Pablo representa el objetivo último de sus deseos.

El respeto a la vida eterna y el crecimiento de la auténtica vida en Cristo hacen que Pablo vea la muerte como ganancia.

La existencia en el espacio y el tiempo es la vida en Cristo y la muerte es el paso beatificante a la vida con Cristo (v. 23).

“Para mí el vivir es Cristo” significa la inspiración, el fin y el motivo de todo aquello que hace y dice Pablo sobre el Hombre Nuevo. Es una confesión de fe que sólo puede hacer el que se aferra a Cristo (Filipenses 3, 12). No se trata de una afirmación teórica sino de una palabra vivida en el duro realismo de la prisión: El “sí” a la vida en un momento de angustia espiritual por tener que escoger entre una muerte fructífera y una vida fructuosa es la elección preferencial y prioritaria por el servicio a Cristo y a los hermanos.

Carta a los Colosenses

1, 15–20: El tema central es la supremacía cósmica de Cristo. Esta supremacía aparece en dos grandes etapas de la historia de la salvación.

La creación (v. 15–17) y la Re-creación (v. 18–20).

Desde el inicio aparece la primacía de Cristo sobre la creación, pues todo ha sido hecho en él, por él y para él, como imagen de Dios invisible. “No hay nada que quede al margen de su palabra creadora, ni siquiera las potencias celestiales”.

Como creador, Cristo es el único mediador, el agente y el término de la evolución del cosmos, el alma del mundo, la fuente permanente de su ser.

Después de Cristo Señor cantado como creador, ahora se canta a ese Cristo Señor como Salvador. El objetivo de la encarnación no es únicamente la redención reparadora de los desastres del pecado, sino la culminación de la creación, del universo y de la humanidad.

Como es primogénito, “nacido antes que toda criatura” (1–15), Cristo es también “el primero en nacer de la muerte, para tener en todo la primacía”, de modo que “es también la cabeza del cuerpo, que es la Iglesia” (1, 18).

Carta a los Efesios

El misterio de la Iglesia, como todo secreto de Dios, sólo es acce-

sible a nuestra consideración por medio de imágenes y símbolos, es el camino de lo visible a lo invisible.

La imagen en la que Pablo nos insiste es la del cuerpo humano, quizás porque es la más apta para expresar el misterio; sobre todo teniendo en cuenta lo que significa para un semita el término cuerpo. Pablo llegó a la comprensión de la Iglesia como cuerpo de Cristo. Y todo partió de una certeza inicial: Jesús ha resucitado.

Por medio del Bautismo y la Eucaristía, los cuerpos de los cristianos, se unen al cuerpo resucitado del Señor. Jesús se incorpora a los creyentes. Se constituye así un cuerpo de Cristo que es la Iglesia en crecimiento constante.

Esta imagen se continuaría en otra: la del Hombre Nuevo.

Cristo es el unificador de toda la humanidad desgarrada por el pecado. Esta agrupación se realiza en él: "El, de los pueblos (judío y pagano) hizo uno. . .; así, con los dos, creó en sí mismo una humanidad nueva estableciendo la paz, y a ambos, hechos un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz" (2, 15-16).

Para el semita, el cuerpo no es tanto lo que nos distingue y separa a los unos de los otros como lo que nos une. Es el medio por excelencia de comunicación y de comunión.

Finalmente, como supremo desarrollo del pensamiento de Pablo sobre la Iglesia—cuerpo, la Iglesia es la esposa de Cristo.

Reflexión teológico-pastoral

El hombre es el gran beneficiario de la muerte y resurrección de Cristo. La configuración ontológica del cristiano a Cristo resucitado que es obra de la fe y del Bautismo y ulteriormente de la Eucaristía (1 Corintios 10, 16) atestiguan la Resurrección (Romanos 6, 3-9).

Esta configuración no tendrá su pleno desarrollo sino cuando el cuerpo humano (que ya pertenece a la esfera del Espíritu) esté totalmente bajo la acción del Espíritu (1 Cor. 15; 2 Cor. 4, 14; 5, 1-5).

En el plan salvífico la acción del Espíritu alcanza al hombre no sólo individualmente sino socialmente. Configurado con Cristo muerto y resucitado, el cristiano se encuentra unido a sus hermanos en la fe y constituye con ellos "el cuerpo de Cristo que es la Iglesia" (Colosenses 1, 24). Esta expresión es tomada de las cartas de la cautividad pero su realismo se encuentra ya en las grandes Epístolas.

La consecuencia en el campo moral es muy profunda porque el cristiano debe realizar su vida nueva en unión con todos los miembros de la Iglesia y trabajar en la edificación del cuerpo de Cristo.

Una vida moral que tiene su origen en el misterio pascual no tiene sentido sino en cuanto es comunitaria y eclesial. La salvación es una gracia colectiva e individual. El hombre llega a la nueva creación por su identificación con una comunidad salvífica, el cuerpo de Cristo.

El hombre "viejo" sometido al dominio del pecado y de la muerte, ha sido crucificado con Cristo, con lo que ha quedado libre de la servidumbre del pecado, pues, es una verdad universal que la muerte libera de la esclavitud. Es un principio de los rabinos que el muerto está libre de la ley y de la observancia de los preceptos.

Quien ha muerto con Cristo puede esperar la consumación final. Pero esta convivencia con Cristo se funda en el bautismo. Cristo ha resucitado de entre los muertos, ya no está sujeto al dominio del poder del pecado y, por lo mismo, tampoco a la muerte. Al morir Aquel que no tenía pecado ha escapado del poder del pecado, por lo que quien está "en Cristo" tampoco está ya sujeto al dominio del pecado.

Con el bautismo el hombre se convierte en algo realmente nuevo en el orden del ser; pero la nueva realidad sólo se manifestará plenamente el día de la consumación. El bautismo no suplanta las fuerzas naturales sino más bien motiva y permite al hombre caminar en una nueva vida.

La transformación que se da en el bautismo es el fundamento de un cambio en el hombre que le permite dirigirse hacia la justicia y la santidad.

El poder del pecado paga con la muerte; Dios en cambio otorga aquella vida que el hombre, quienquiera que sea, desea con todas sus fuerzas desde lo íntimo de su ser, aquella vida que merece en exclusiva el nombre de vida, porque es la única indestructible y sin fin que bien merece llamarse vida eterna.

La configuración ontológica del bautizado con Cristo exige por parte del hombre un cambio radical en el plano moral. La santidad ontológica debe traducirse en santidad moral; es necesario morir al pecado y vivir para Dios en unión con Cristo "y porque no vivamos ya para nosotros mismos, sino para El, que por nosotros murió y resucitó, envía Padre, desde tu seno al Espíritu Santo como primicia para los creyentes a fin de santificar todas las cosas llevando a plenitud tu obra en el mundo" (Plegaria Eucarística IV).

El agente de esta renovación moral es el Espíritu cuya presencia en el bautizado constituye la única ley: "porque la ley del Espíritu que da la vida en Cristo Jesús, nos libera de la ley del pecado y de la muerte" (Romanos 8, 2).

El Bautismo y la fe que justifican al hombre lo configuran de tal manera a Cristo que San Pablo llega a afirmar que el creyente ya está

resucitado con Cristo (Colosenses 2, 12) y se encuentra desde ahora asociado a la victoria de Cristo sobre los poderes celestes (Colosenses 2, 8–10.15). Evidentemente esto hay que entenderlo en el plano místico de la fe pues aún no se ha dado la Parusía y el cristiano debe permanecer en la fe y sin perder la esperanza en el Evangelio.

Para Pablo marchar en “novedad de vida” significa “caminar según el Espíritu” (Gálatas 5, 16), “ser conducido por el Espíritu” (Gálatas 5, 18). En el bautismo, el Espíritu de Cristo resucitado toma posesión del hombre en su ser total (1 Corintios 6; 15. 19–20), cambiándolo totalmente. El hombre, como cuerpo, pertenece ya a la esfera del Espíritu. En este sentido la resurrección corporal no es más que una configuración más perfecta del bautizado con Cristo resucitado; una acción más completa del Espíritu en el creyente.

Las conclusiones prácticas son que debemos caminar en Cristo (Colosenses 2, 6). Es en El en quien debe enraizarse y construirse la vida cristiana (Colosenses 2, 7).

Esta vida religiosa y moral del cristiano nace y crece en el seno de la Iglesia de la que Cristo es Cabeza y a la que le comunica su vida (Colosenses 1, 18; 2, 19).

Para este hombre existe la “fuerza de Dios” (Romanos 1, 16) como respuesta adecuada a ese profundo sentimiento de indigencia e insuficiencia que caracteriza la existencia humana. La respuesta del hombre se llama fe que es un reconocer la propia indigencia y un apoyarse en Dios que ofrece la superación de esa indigencia. El hombre es liberado del drama interior de la “ley”.

Para que el hombre pueda llevar adelante un proyecto de liberación le hace falta el Espíritu, el soplo de Dios. Esta liberación del hombre, Dios la realiza no desde fuera, sino desde dentro: Cristo se ha “hecho carne”, llenando el ámbito de la carne la fuerza del “Espíritu para que cualquier hombre—carne que se una a El pueda seguirlo eficazmente en su ascensión desde su condición—carne a la condición—espíritu, o sea: en su paso de la muerte a la resurrección (Filipenses 2, 5–11).

El hombre—carne es el hombre apoyado—en—sí, el hombre—espíritu es el hombre—apoyado en la fuerza que Dios le ofrece por medio de Cristo. “Andar según la carne” (Romanos 8, 5), es, pues, contentarse con los propios recursos, sin aceptar el don gratuito de Dios. Sólo así se explica que la “carne” tienda a la “muerte”.

Este hombre—espíritu no ha recibido un espíritu de esclavitud, sino de afiliación; es un hijo de Dios que habla con El llamándolo ABBA. Hay también una esperanza de futura liberación para la creación. “sometida a la vacuidad—frustración” (Romanos 8, 20).

El hombre—espíritu reza y rezar es dar testimonio de la te que

nos alienta a esperar todo de Dios y de su gracia. Nuestra esperanza está apoyada en nuestra confianza en el Espíritu, y no en nuestro optimismo.

La liberación en Jesucristo libera de la esclavitud de la "carne" para vivir en el Espíritu, libera del temor para vivir una relación verdaderamente filial con Dios; libera de la ruptura consigo misma, con el universo, con los demás.

Pablo proclama que la salvación ya está en activo, aunque su plenitud esté todavía por llegar: Dios es el que recomienza de nuevo su obra de salvación. Hay un mundo que pasa frente a Cristo que viene. El recio querer, el justo juzgar, el sincero proyectar, el fraterno y servicial vivir, es algo que aquellas comunidades aprendían de continuo, mediante la escuela del Evangelio. Desde la comunidad se anunciaba la necesidad de "cambiar de vida". Desde ahí también nosotros sabremos ser hombres nuevos del Evangelio, en el esfuerzo, la fidelidad, la acogida y la fraternidad.

"Para mí el vivir es Cristo" significa la inspiración, el fin y el motivo de todo aquello que hace y dice Pablo sobre el Hombre Nuevo. Es una confesión de fe que sólo puede hacer el que se aferra a Cristo (Filipenses 3, 12). No se trata de una afirmación teórica sino de una palabra vivida en el duro realismo de la presión: El "sí" a la vida en un momento de angustia espiritual por tener que escoger entre una muerte fructífera y una vida fructuosa es la elección preferencial y prioritaria por el servicio a Cristo y a los hermanos.